

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Biblioteca de Estudios Madrileños
Publicados 35 volúmenes

Itinerarios de Madrid
Publicados 20 volúmenes

Colección Temas Madrileños
Publicados 21 volúmenes

Colección Puerta del Sol
Publicados 3 volúmenes

Clásicos Madrileños
Publicados 9 volúmenes

Colección Plaza de la Villa
Publicados 2 volúmenes

Colección Puerta de Alcalá
Publicados 3 volúmenes

Madrid en sus Diarios
Publicados 5 volúmenes

Conferencias Aula de Cultura
Publicadas más de 600 conferencias

*Anales del Instituto de Estudios
Madrileños*
Publicados 44 volúmenes

Madrid de los Austrias
Publicados 7 volúmenes

Guías Literarias
Publicados 3 volúmenes



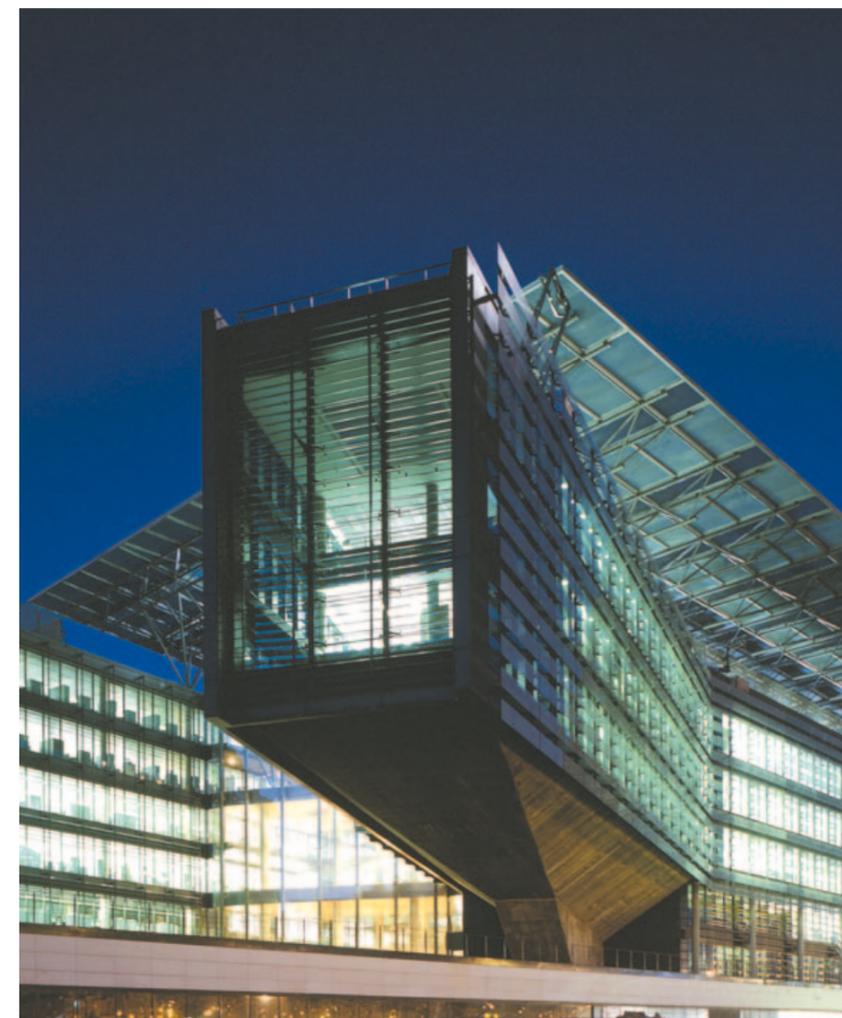
ANALES
DEL
INSTITUTO
DE
ESTUDIOS
MADRILEÑOS

**TOMO
XLIV**

C. S. I. C.
2004
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XLIV



C. S. I. C.
2004
MADRID

El tomo XLIV de los

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

comprende estudios —referidos a Madrid— en los que alternan temas de Historia, Arte, Literatura, Geografía, etc., notas biográficas sobre madrileños ilustres y acontecimientos varios de la vida madrileña.

Portada:

Madrid, asumiendo su condición de gran ciudad, va diseñando de forma acelerada su futuro. Al igual de otras poblaciones como Berlín, Madrid se ha convertido en uno de los referentes a nivel mundial de la moderna arquitectura. Uno de los edificios emblemáticos de las nuevas formas arquitectónicas es la sede madrileña de Endesa, que por cortesía de dicha empresa reproducimos en nuestra portada.

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).
SECRETARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Memoria	
<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	13
Artículos	
<i>Establecimiento del gobierno político, económico y militar de Madrid (1746-1747): procedimiento y documentación</i> , por MANUEL SALAMANCA LÓPEZ	23
<i>Diego Ignacio de Córdoba y el papel de Madrid en el mercado crediticio en la Castilla del siglo XVII</i> , por MÁXIMO DIAGO HERNANDO	59
<i>La necesaria Ley de Capitalidad de Madrid al borde de lo imposible</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	97
<i>Una notable iniciativa del municipio madrileño: Creación de la Inspección Escolar Femenina en el siglo XIX</i> , por M. ^a TERESA LÓPEZ DEL CASTILLO	143
<i>Liberalismo y enseñanza agrícola. La Sociedad Económica Matritense y la red nacional de cátedras de agricultura</i> , por J. LUIS MALDONADO POLO	181
<i>Antecedentes dibujados del Viaducto de Barrón</i> , por ÁNGEL MARTÍNEZ DÍAZ	203
<i>Dibujos para el puente de Segovia de los siglos XVII y XVIII</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ	237
<i>Transformaciones de la plazuela e iglesia de San Ildefonso</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	249
<i>El madrileño palacio del conde de Oñate según un inventario de 1709</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	271

	<u>Págs.</u>
<i>La Hermandad y Hospital de San Antonio de los Portugueses de Madrid</i> , por JUAN IGNACIO PULIDO SERRANO	299
<i>Los Morenos, una familia de plateros madrileños en el Antiguo Régimen</i> , por JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS y PILAR NIEVA SOTO	331
<i>Carlos III y los tapices para el Palacio Real de Madrid: La serie del «Real Dormitorio»</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR	359
<i>Algo más sobre Francisco e Isidoro de Burgos Mantilla</i> , por MERCEDES AGULLÓ Y COBO	391
<i>Madrid y Guadalupe (siglos xv-xix)</i> , por ARTURO ÁLVAREZ ÁLVAREZ	425
<i>El Cristo del Desamparo y Fray Lorenzo de San Nicolás. Encuentros y avatares de una devoción</i> , por FÉLIX DÍAZ MORENO	445
<i>El Madrid immaculista</i> , por M. ^a ISABEL BARBEITO CARNEIRO	471
<i>Memoria ornamental itinerante en Madrid</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	497
<i>Olvidado Kilómetro Cero</i> , por M. ^a CRISTINA ANTÓN BARRERO	545
<i>El Veloz Club</i> , por JUAN JIMÉNEZ MANCHA	555
<i>La Casa de Campo: Algunas breves anotaciones sobre su patrimonio arqueológico y arquitectónico</i> , por PILAR MENA MUÑOZ	569
<i>Segregación del espacio público: Territorio público versus intereses privados. Un análisis de usos en la Casa de Campo de Madrid</i> , por TRAUDE MÜLLAUER-SEICHTER	585
<i>El madrileño barrio de El Rastro en los comienzos del siglo xvii</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	613
<i>El Barrio de los Escritores: La calle del León</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	625
<i>El «Avellaneda», eslabón entre dos Quijotes cervantinos</i> , por JOSÉ BARRROS CAMPOS	639
<i>Una novela rosa madrileña del siglo xviii</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	665
<i>Un Madrid brillante y también ocultista en «Luces de bohemia», de Valle-Inclán: los teósofos</i> , por PEDRO CARRERO ERAS	679
<i>El escritor madrileño Ángel R[odríguez] Chaves en la revista «La Gran Vía»</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN	699
<i>Madrid en la obra literaria de la escritora Ángeles Villarta</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	729

	<u>Págs.</u>
<i>La conquista de Madrid por Leocadio Mejías</i> , por CARMEN MEJÍAS BONILLA	751
<i>Invernaderos de los jardines de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ	769
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (IV)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO	799
<i>Algunos topónimos madrileños de origen celta: «Aravaca, Alcobendas, Carabanchel, Carabaña, Chamberí, Las Vistillas, Vallecas»</i> , por JOAQUÍN CARIDAD ARIAS	821
<i>El arroyo de Butarque: historia de una desaparición</i> , por JUAN AZCÁRATE LUXÁN y PALOMA ARROYO WALDHAUS	831
<i>Los despoblados medievales en el Común de Villa y Tierra de Alcalá</i> , por JOSÉ ANTONIO RANZ YUBERO, JOSÉ RAMÓN LÓPEZ DE LOS MOZOS y MARÍA JESÚS REMARTÍNEZ MAESTRO.....	849
<i>Robos sacrílegos en la provincia de Madrid</i> , por JAIME CASTILLO GONZÁLEZ	879

Notas

<i>Fisonomía del Madrid medieval</i> , por LUIS RAMÓN-LACA MENÉNDEZ DE LUARCA	921
<i>Nuevas pruebas documentales acerca de la autoría de «La torre de los siete jorobados» de Emilio Carrère</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN y ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	929

Centenarios

<i>Centenario del profesor Joaquín de Entrambasaguas (1904-2004)</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	937
<i>Evocación de José Montero Alonso en su centenario</i> , por JOSÉ MONTERO REGUERA	943

Necrológicas

<i>Antonio Quilis (1930-2003)</i> , por MARÍA JOSÉ ALBALÁ	949
<i>Adiós a Fernando Chueca Goitia</i> , por PEDRO NAVASCUÉS	959

Reseñas de libros

PRIETO BERNABÉ, JOSÉ MANUEL, <i>Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	965
VELASCO BAYÓN, BALBINO, O. Carm., <i>Acercamiento a una institución madrileña. El Monasterio de monjas carmelitas de Ntra. Sra. de las Maravillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	966

EL AVELLANEDA, ESLABÓN ENTRE LOS DOS QUIJOTES CERVANTINOS

POR JOSÉ BARROS CAMPOS
IES Príncipe Felipe

El próximo año 2005 celebraremos el IV Centenario de la publicación en Madrid, en la imprenta de Juan de la Cuesta, del libro que más gloria ha dado a España por su repercusión universal: *El Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*, cuya continuación volvería a salir en Madrid, de las mismas prensas, bajo el título de *Segunda Parte del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha*.

Las reiteradas lecturas de los tres «quijotes» a que hace referencia el título, me han evidenciado una lenta evolución en la personalidad y en la actuación del protagonista, que estimo bien merece ser sometida a reflexión.

Intentaré demostrar cómo desde una posición radical en el Quijote de 1605, que no transige lo más mínimo con aquello que no le parece conveniente, justo o legal, se va transformando, paulatinamente, en el hidalgo prudente y cortés de 1615, hasta llegar a convertirse en Alonso Quijano el Bueno. En esta lenta evolución participa también el Quijote de Avellaneda, como si fuera el eslabón que une y relaciona a los dos Quijotes cervantinos, tan contrapuestos entre sí.

Trataremos someramente de demostrar este aserto, estudiando las tres obras en tres aspectos: la salida de la aldea, los caminos reales por donde deambulan y las ventas, mesones, casas y palacios en donde pernoctan, o residen algunos días.

LA SALIDA DE LA ALDEA

Hay, en realidad, cuatro salidas, si contamos la de Avellaneda entre ellas: las dos de la *Primera Parte*, la de Avellaneda y, finalmente, la de la *Segunda Parte*.

La **primera** salida es provocada por la lectura de los libros de caballería y el ansia de fama del protagonista: «dichosa edad y siglo dichoso aquel

donde saldrán a luz las famosas hazañas mías» (Q. I, II)¹. Con estos proyectos, sale «sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio» (íd.).

Camina quejándose: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho» (íd.). Es, por tanto, un caballero enamorado, pero dolido por la actitud de su dama. El Quijote de Avellaneda llevará este dolor al desamor; será «desamorado».

En la segunda salida, después de convencer a Sancho y proveerse oculta-mente de dinero y ropas: «sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese» (Q. I, VII). El motivo de esta salida es el mismo de la primera: lectura de libros de caballerías y ansia de fama. La hora ya no es antes de las cinco de la mañana, hora solar. Será una vez anochecido, después de las once de la noche, también hora solar. A las once de la noche se acostaban en el palacio de los Duques, según el relato de la segunda parte. Sancho camina con la promesa del gobierno de una ínsula: «Si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos, Juana Gutiérrez, mi oíslo, vendría a ser reina» (íd.).

La tercera salida cervantina se producirá pasadas las once de la noche, hora solar. También marcha acompañado de Sancho, como en la segunda y en la de Avellaneda. Pero, a diferencia de ellas, los acompaña por algún tiempo, Sansón Carrasco. Salen sin que nadie los vea, pero ahora conocen su marcha varias personas.

Sancho en esta partida pide un salario, imitando al escudero de Avellaneda. Le responde su señor: «Mira, Sancho: yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo [...] si con estas esperanzas y aditamentos [...], gustáis de volver a servirme, sea en buena hora» (Q. II, VII)². Sin embargo, si no el salario, algo promete a Sancho, lo que justifica que éste le pida: «vuestra merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver» (íd.).

La salida del Quijote apócrifo se va preparando desde el día 20 de agosto. El hidalgo sustituye el *Flos sanctorum*, por el *Don Florisbrán de Candaria*. La llegada de don Álvaro, que le entregó sus armas en custodia, alteró la vida casi conventual del caballero.

Le propone entonces a Sancho esta tercera salida: «porque en ello haremos dos cosas: la una, servicio muy grande a Dios, y la otra, provecho al

¹ Primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Se cita dentro del texto por Q. I, número de capítulo.

² *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quixote de la Mancha*. Cito dentro del texto por Q. II.

mundo desterrando dél los descomunales jayanes [...]. Ganaremos honra y fama para nosotros y para nuestros sucesores» (Av., II)³. He aquí las causas que empujan al loco caballero en busca de aventuras. A los motivos de las salidas anteriores hay que añadir la llegada de los granadinos y sobre todo de don Álvaro.

El Sancho de Avellaneda no se fía de promesas ni de ínsulas: «pagándome cada mes mi trabajo, yo iré de muy buena gana» (íd.). Don Quijote no duda en entregar a Sancho «el dinero, que sería más de trecientos ducados» (íd.). No trataron sobre ningún salario en la segunda salida cervantina; sí en la tercera; pero, como vimos, no aceptó don Quijote.

Resueltos los problemas pecuniarios, salen a las dos de un amanecer de agosto: «tres horas antes que el rojo Apolo esparciese sus rayos sobre la tierra, salieron de su lugar el buen hidalgo Don Quijote y Sancho» (Av., IV).

Se realiza la primera salida cervantina cerca de las cinco de un amanecer de julio; la segunda y tercera, pasadas las once de la noche. Los personajes de Avellaneda salen a las dos de una madrugada de agosto. Esta hora equidista de las tres partidas cervantinas.

CAMINOS REALES

Primera y segunda salidas

En el capítulo XLV de la primera parte los cuadrilleros de la Santa Hermandad «pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de carreras». Sí, éste es el comportamiento del protagonista. Caballero no por condición, sino por autosugestión, no está completamente seguro de lo que profesa o quiere profesar. Tampoco está convencido de la hermosura de Dulcinea, de ahí que a cada paso y en cada encuentro, intente convencerse y convencer a los demás de que sus ilusiones son reales.

Armado caballero en la primera venta (para él castillo), vuelve a casa para proveerse de dinero, ropa y escudero. Va contento del agravio «desfecho» a favor de Andrés y de la humillación de Juan Haldudo. Tropieza con los mercaderes toledanos y les conmina: «Todo el mundo se detenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso» (Q. I, IV).

No le hacen caso, si no es para mofarse, y siguen su camino. Sólo un mozo de mulas «a despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera» (íd.), sin hacer caso de sus compañeros.

³ Segundo tomo del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Cito por Av. (Avellaneda) y número de capítulo.

Dolido y apaleado, don Quijote reivindicaba desde el suelo su calidad caballeresca. Lo encontró su vecino Pedro Alonso y lo llevó, atravesado sobre el asno, hasta la aldea.

En la **segunda salida**, él y Sancho descubren cerca del camino treinta o cuarenta molinos. Vio gigantes de largos brazos y, desoyendo a Sancho, los atacó. Salieron lanzados por los aires él y Rocinante. No pudo exhibir ante su escudero «el valor de su poderoso brazo». Y necesitaba convencer y convencerse. De ahí, esa actitud provocadora, pendenciera y arrogante que mantendrá a lo largo de toda la Primera parte.

Camino de Puerto Lápice, «porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras por ser lugar muy pasajero» (Q. I, VIII), se encuentran con dos frailes benitos y un coche, portador de una señora vizcaína, custodiado por varios mozos. El caballero, que vio en ellos a unos raptos y encantadores, los atacó sin darles tiempo a defenderse. Tampoco escuchó las advertencias de su escudero. Los vizcaínos se defienden, pero sale victorioso el hidalgo. Se siente orgulloso de su victoria: «¿Has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? [...] en el herir, ni más maña en el derribar?» (Q. I, X).

Esto aseguró la fe don Quijote en sí mismo y la confianza de Sancho en las promesas recibidas, por lo que, de rodillas, le pide «el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia ha ganado» (íd.). El hidalgo, seguro de sí mismo, grita en el entierro de Grisóstomo: «Ninguna persona de cualquier estado o condición que sea, se atreva a seguir» (Q. I, XIV).

Poco duró la alegría de nuestros protagonistas, pues fiado de su valor, y desoyendo al escudero, atacó a «más de veinte arrieros», al grito de «yo valgo por ciento» (Q. I, XV). Y, no cien, pero muchos palos y estacazos recibieron amo y criado: «saca fuerzas de flaqueza, Sancho —respondió don Quijote—, que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante» (íd.).

¡Vuelve a estar alegre y esperanzado! ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Ya hay nueva aventura o desventura. Los pastores que conducen los rebaños no pueden creer lo que ven. El caballero, que confunde la realidad con los recuerdos librescos «se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas» (Q. I, XVIII). Los pastores, usando sus hondas, lo apedrearón y, creyéndolo muerto, huyeron con sus rebaños.

Desde el suelo pedía a Sancho, al que antes no había escuchado: «he menester tu favor y ayuda, llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan» (íd.).

Nueva hazaña, pero nocturna. Incurriendo en excomunió, asaltaré por la noche a unos frailes que llevan un cadáver, desde Baeza a Segovia. Al verlos, el hidalgo, «enrstrand su lanzón, arremetió a uno de los enlutados, y, mal ferido, dio con él en tierra» (Q. I, XIX). Los demás huyeron. San-

cho, considerando botín de guerra lo abandonado, «andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores» (Q. I, XIX).

Esperaba al caballero otra aventura nocturna y espantosa a la que no pudo enfrentarse por ingenio de Sancho. Cuando al amanecer la vieron y Sancho se rió, don Quijote «alzó el lanzón y le asentó dos palos» (Q. I, XX). Era la aventura de los batanes.

En su caminar desatinado, gritó lleno de júbilo: «donde una puerta se cierra, otra se abre [...]. Hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino [...]; a todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón [...], le dijo: “¡defiéndete, cautiva criatura, o entriégame (*sic*) de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe!”» (Q. I, XXI). El barbero, abandonando burro y bacía, salvó su vida en la fuga. «Cuando Sancho oyó llamar a la bacía celada, no pudo tener la risa» (íd.).

Afianzada más la locura, atacó a los guardias que conducían una cadena andante de galeotes. Rogó que los libertaran, pero, «¡Donosa majadería!, respondió el comisario» (Q. I, XXII). Los atacó y con la ayuda de Sancho, libertó a los presos. Resultado: «Rocinante, tendido junto a su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; don Quijote, mohinísimo de verse tan mal parado» (íd.).

Aconsejado por Sancho, se internan en Sierra Morena. La seguridad del hidalgo en su valor caballeresco sufre un gran descalabro: «en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente éste, que me parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y aguardar aquí solo, [...] a la santa Hermandad» (Q. I, XXIII).

Alejado del camino real y sin poder asaltar a nadie, quiere demostrarse a sí mismo y a su escudero, que si imita a Roldán y a Amadís en el valor, también los puede imitar «en las locuras desaforadas» y «en las malencónías», y «desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes [...] que podía jurar que su amo quedaba loco» (Q. I, XXV). Aquí en Sierra Morena, promete reponer en su posesión a la reina Micomicona, a cuyas tierras se encaminan.

Cuando Sancho oye que su amo rechaza a la reina por culpa de Dulcinea, «blasfema» de ésta, y «don Quijote, que tales blasfemias oyó decir [...], alzando el lanzón [...], le dio tales dos palos, que dio con él en tierra» (Q. I, XXX).

Andrés los encontró junto a una fuente y se dio a conocer. Don Quijote quiso aprovechar su aventura como ejemplo real de la necesidad que había de caballeros andantes. Les contó cómo había librado al joven de los azotes que le propinaba Juan Haldudo; cómo al hablarle, con autoridad y firmeza, Haldudo dejó de azotarlo y, con humildad, prometió y juró pagarle todo. Quería que todos se enteraran de su «fazaña». Pero todo le salió al revés.

Le respondió el joven: «por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare [...], no me socorra ni ayude [...] a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo» (Q. I, XXXI). El hidalgo quiso «castigalle, mas él se puso a correr [...]. Quedó corridísimo don Quijote del cuento de Andrés, y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reírse, por no acaballe de correr del todo» (íd.).

En estas dos primeras salidas don Quijote busca ayudar a los débiles, pero, sobre todo, convencerse a sí mismo y convencer a los demás acerca de su valor caballeresco. Duda de su valentía y quiere tener fe en sí mismo. Va contento, enjaulado en un lento carro de bueyes, porque cree que es lo decidido por los encantadores. Esto lo asemeja a otros caballeros andantes, cuyas vidas recuerda. Lo han encantado porque es caballero valeroso y temido. Para descansar en un prado, da su palabra de dejarse enjaular. Discute amistosamente, ante todo con el canónigo, sobre la existencia de caballeros andantes. Pero cuando el cabrero insinúa «que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza», don Quijote «arrebató de un pan que junto a sí tenía y dio con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia que le remachó las narices» (Q. I, LII). El cabrero, que no sabía de burlas, saltó sobre el hidalgo, provocando la risa y jolgorio de todos los asistentes.

Al oír el doloroso sonido de una trompeta, «subió sobre Rocinante y abrazó su adarga [...], apretó los muslos a Rocinante [...], se fue a encontrar con los disciplinantes» (íd.). Se burlaron de él. Se indignó y atacó a los costaleros. Estos lo molieron a palos. Desde el suelo suplicaba: «ayúdame, Sancho amigo, a ponerme sobre el carro encantado; que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos» (íd.).

Tras seis días de lento caminar, contento, por creerse víctima de los sabios encantadores, llegó a su casa «la flor de la caballería manchega».

Las dos primeras salidas nos presentan a un caballero inseguro, que trata de convencerse a sí mismo y a los demás. Aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para exhibir su valor caballeresco. Por eso actúa como un fanfarrón, temerario, pendenciero y provocador.

Tercera salida cervantina

El Quijote que sale por tercera vez es ya un caballero famoso, la flor de la caballería. Está enterado por su amigo Carrasco de que se le ensalzan y relatan todas sus «fazañas» en un libro. Está convencido de su valor caballeresco, porque lo están los demás. Es tal su fama que incluso Carrasco quiere ser su escudero.

Ahora ya no confunde la realidad con los recuerdos de sus lecturas. Serán los que lo acompañan, quienes lo engañen e inciten a su locura.

El primero que lo engaña es Sancho, mensajero para Dulcinea: «Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar [...], que algún mal encantador [...] la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño» (Q. II, X). Lo convence de que tres aldeanas, que se acercan subidas en sendas burras, son Dulcinea y dos doncellas, que montan tres hacaneas: «eso puedes decir bien, Sancho —replicó don Quijote—, pues la viste en la entereza cabal [...]. Contra mí sólo y contra mis ojos se adereza la fuerza de su veneno» (Q. II, XI).

Interroga al carretero de las Cortes de la Muerte y lo deja pasar, no sin recalcar que «es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño» (íd.). Persigue a los comediantes para castigar sus fechorías, pero atendiendo a Sancho dice: «dejemos estos fantasmas y volvamos a buscar mejores y más calificadas aventuras» (íd.). El primer Quijote, el de 1605, no escuchaba a nadie.

Avanzada la noche, oyó al caballero del Bosque, que se jactaba de haber vencido a todos los caballeros manchegos, sobre todo, a don Quijote de la Mancha. Indignado, le reconviene: «que haya vencido a don Quijote de la Mancha, póngolo en duda. Podría ser que fuere otro que le pareciere» (Q. II, XIV). Tras razonar con el jactancioso, sentencia: «y, si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo don Quijote que la sustentará con sus armas» (íd.). Cuando descubre que el vencido es Carrasco, atribuye el cambio a la envidia de los encantadores.

Caminan orgullosos, discutiendo sobre si el vencido es o no Carrasco, cuando se les acerca y los rebasa el caballero del Verde Gabán, Don Diego de Miranda. Don Quijote no se encoleriza ni lo reta como haría el de la primera salida, sino que le suplica: «señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros y no importa el darse prisa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos» (Q. II, XVI).

Don Diego es testigo de otro engaño o encantamiento auspiciado por Sancho. Cuando se pone la celada con los quesos, Sancho lo convence de que se los pusieron allí, los encantadores. El hidalgo ve la realidad, tal cual es; y son sus acompañantes los que le hacen ver la irrealidad, los que lo engañan o los que lo encantan. El del Verde Gabán es, también, testigo temeroso de la aventura de los leones. Estos no se molestan en luchar con el hidalgo. Lamentándose de que no salieran a luchar con él, se consolaba porque «bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible» (íd.). Como con Tosilos o el gigante Bramián de Avellaneda, vence sin luchar.

En las bodas de Camacho, tras el artificio de Basilio, toma su defensa: «y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos» (Q. II, XXI). Este imperio y autoridad, para imponer la paz, es muy diferente de la locura con que actuaba en las salidas anteriores.

Dentro de la cueva de Montesinos, le recuerda Durandarte que Belerma era tan hermosa que «apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso» (Q. II, XXIII). Don Quijote no se encoleriza, le responde que toda comparación es odiosa. Al contarles el caballero que ha visto encantada a Dulcinea con sus dos labradoras, Sancho comenta socarrón: «no agora, contando los mayores disparates» (í.d.). El amo no se enfada: «como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras [...]; como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera» (í.d.). Según el guía que los condujo a la cueva: «palabras y razones le dijo Sancho, que merecían molerle a palos» (Q. II, XXIV). Recordemos los golpes que recibió el pobre escudero en la aventura de los batanes, sólo por haberse reído (Q. I, XX).

Camino de Zaragoza los adelanta un arriero cargado de armas. Aunque el hidalgo le pide cortésmente que los acompañe, no lo hace. ¿Hubiera consentido esto el Quijote de 1605? En el episodio del rebuzno, el hidalgo acude en ayuda del imprudente Sancho; pero, al verse apaleado, huye como había hecho en el manteamiento de la venta. A las quejas del escudero, contesta: «la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad» (Q. II, XXVIII). ¡Qué buen consejo para el pendenciero y temerario Quijote de la Primera parte.

Al llegar al Ebro ve un barco en la orilla y, recordando lecturas caballescadas, decide subir en él. Rescatado del naufragio que se produce, increpa a sus salvadores, los molineros, para que le entreguen a los prisioneros de su castillo. No es agradecido con sus salvadores. Como el primer Quijote, confunde la realidad con la ficción: «¿Qué personas o qué castillos dices —respondió uno de los molineros—, hombre sin juicio?» (Q. II, XXIX). Pero en este suceso no se encoleriza, como había hecho con el cabrero del primer libro, sino que, «alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando a las aceñas: “Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita”» (í.d.).

Abandonado el castillo de los Duques, se encontraron con los portadores de imágenes. El caballero admira las esculturas y hace una semblanza de los santos. ¡Qué lejos está la cólera con que atacó a los costaleros de la procesión de disciplinantes! Entonces confundió la imagen de la Virgen con una señora llorosa (Q. I, LII).

Para ostentar su valor ante los de la Arcadia pastoril, amo y criado defienten en medio del camino, la hermosura de las doncellas. Desoyendo los avisos de los pastores, no huyen al oír el ruido del tropel de toros. Pisoteados y arrastrados; cuando ya se alejaron las bestias, grita el hidalgo: «¡Detenéos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera [...]; y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino» (Q. II, LVIII), hasta encontrar una fuente, en la que se lavaron.



Ruinas de la Venta del Ahorcado. Estado actual.

Cerca de Barcelona, el amo intenta desnudar y azotar al escudero, pero éste lo vence y, con la rodilla sobre el pecho, le exige juramento de que nunca más intentará azotarlo. Don Quijote está vencido y humillado. Poco después, desprevenido, es apresado por los ladrones. Está totalmente aplanado. Tiene que animarlo Roque Guinart, el capitán de los bandoleros: «No es mi tristeza —respondió don Quijote— haber caído en tu poder [...] por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno» (Q. II, LX).

En las playas de Barcelona tiene que defender la hermosura de Dulcinea frente al reto del caballero de la Blanca Luna: «Si tú me vencieras, quedará a tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo y pasará a la tuya la fama de mis hazañas» (Q. II, LXIV). Don Quijote rechaza la última condición: «sólo excepto de las condiciones, la de que se pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean» (íd.). Los caballeros de 1605 y de 1614, sí hubieran aceptado que pasara a ellos esta fama.

Yacente y con la espada sobre su cabeza, afirma con afligida voz de ultratumba: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra» (íd.).

Vencido el caballero, se derrumban las esperanzas del escudero. Caminan cabizbajos hacia su aldea: «Aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder, la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante [...]; y ahora cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras, cumpliendo la que di» (Q. II, LXVI).

Encuentran al lacayo Tosilos que les informa de cómo el Duque castigó a la dueña doña Rodríguez y a su hija, y también cómo su encantamiento fue engaño del Duque: «no hubo encanto alguno ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della» (íd.). Don Quijote no quiere escucharlo: «este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho» (íd.). Tiene miedo de escuchar a Tosilos. Desmoronaría su entramado caballeresco. Su actitud coincide con la del Quijote de 1605. Sin embargo, busca noticias de Altisidora, pues, «bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser [...] que sea desagradecido. Quísome bien [...], lloró mi partida, maldíjome, vituperóme» (Q. II, LXVII).

El retorno de nuestros protagonistas se convierte en una serie de derrotas físicas y morales. Las noticias no escuchadas de Tosilos merman su moral; el atropellamiento por la piara de cerdos es físico y moral. El hidalgo responde a la cólera del escudero: «Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que a un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispa, y le hollen puercos» (Q. II, LXVIII).

Don Quijote, recordando la promesa de Barcelona, no se defiende con las armas. Sin embargo, el de 1605 empujó las armas en defensa de la Señora que llevaban los disciplinantes. Hay dos Quijotes distintos: el de 1605 es loco, pero tiene su moral muy alta, lo llevan carreteado y enjaulado hacia su casa por designio de los encantadores; éste de 1615 es más cuerdo o, mejor dicho, menos loco; pero está desmoralizado, no sólo por la derrota de Barcelona y la pelea con Sancho; también por lo que aguantó en el palacio ducal: «las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan camppear al ánimo libre» (Q. II, LVIII) .

Tercera salida de Avellaneda

Aunque deambulan por los caminos de la Mancha y de Aragón, predomina la estancia en zonas urbanas. Este Quijote de 1614 también tiene que patentizar, con hechos, su valor; pero no con la acuciante necesidad que tenía el protagonista de 1605. Partiendo de una situación social y psicológica muy cercana a la del de 1605, llegará a una situación próxima al Quijote de 1615.

El primer día se encuentra con dos caminantes y, lejos de atacarlos, les ofrece ayuda. Cuando ellos lo contradicen y apoyan a Sancho, al señalar

como venta la del Ahorcado, el hidalgo, sin encolerizarse, afirma: «ello será lo que yo digo, a pesar de todo el mundo» (Av., IV). No monta en cólera como su «hermano mayor», el de 1605.

Cerca de Ateca estaba un hombre guardando su melonar. Se imaginó que era Roldán y, desoyendo a Sancho, dice D. Quijote: «yo estoy resuelto a no pasar adelante [...], que yo le venciere y matare, todas las glorias, victorias, y buenos sucesos que tuvo serán, sin duda, míos [...] con esto seré nombrado por el mundo y será temido mi nombre» (Av., VI). Nuestro protagonista desea que pase a él la fama del vencido. El de la batalla de la playa de Barcelona, no. Prosigue nuestro héroe: «yo no salí de mi casa sino para ganar honra y fama, para lo cual tenemos ahora ocasión [...] si acaso [...], muriese en esta batalla, llevarme has a san Pedro de Cárdeña» (íd.). Como el de «los batanes», de 1605, éste también tiene miedo de morir.

«Entrando por el melonar y picando derecho hacia la cabaña», gritaba al melonero: «por mí has de ser, si quiere la fortuna, vencido y muerto y llevada tu soberbia cabeza» (íd.). Es pendenciero y provocador como su hermano de 1605. Molido a palos por el melonero, quiere ennoblecer su derrota. Dirá a la gente de Ateca, reunida en la plaza: «al que hizo batalla conmigo dificultosa cosa será hallarlo, porque, a mi parecer, dijo que era el valeroso Orlando el Furioso, o, por lo menos, el traidor Bellido de Olfos» (Av., VII). Don Quijote ha sido derrotado, su valor caballeresco está en entredicho, no sólo ante el pueblo y ante Sancho, sino también, ante su propia conciencia. De ahí, que trate de convencer y convencerse de que su lucha fue, nada menos que contra dos personajes clásicos: uno por su valor y el otro por sus astucias traicioneras. Afirma el caballero de la Selva que: «Tanto el vencedor es más honrado,/ Cuanto más el vencido es reputado» (Q. II. XIV). Tanto menor será la humillación del vencido, cuanto mayor sea el valor y dignidad del vencedor.

Al salir de Zaragoza se encuentra nuestro personaje con un soldado y un ermitaño que siguen el mismo camino. Lejos de atacarlos, los invita a compartir el viaje. El soldado golpea a Sancho y el hidalgo, no se enfada, sino que, «dando con el cuento del lanzón al soldado en los pechos, le dijo: “Teneos, mucho en hora mala para vos, y tened respeto siquiera a que estoy yo presente y que este mozo es mi criado”» (Av., XIV).

Orgulloso de sí mismo, tiene confianza total en el valor de su «poderoso brazo». Cree todo lo que experimentó en Zaragoza. Esta seguridad, adquirida en dicha ciudad, la confirmará, hasta la exageración, durante su permanencia en la Corte. Por esta seguridad, no atacó al soldado. Incluso, puso paz entre él y su escudero: «paréceme, Sancho —dijo don Quijote—, que el que se llega a los buenos ha de ser uno dellos, y quien anda entre leones, a bramar se enseña» (íd.).

Camino de la Corte, descansan cerca de Ateca, y nuestro hidalgo charla cortésmente con los viajeros de Calatayud, que no creen en la existencia de

caballeros andantes. Propuso también pasar las horas del calor, relatando cuentos. ¡Qué lejano está del agresivo Quijote de la *Primera Parte*!

En la relación del soldado subyace una idea muy arraigada en Cervantes: «no sabéis, señor, que la cosa más preciosa que el hombre posee es la libertad, y que vale más, como dice el poeta, que todo el oro que la Arabia cría» (Av., XV). Los bilbilitanos se dirigen a él, al despedirse, y es él quien les contesta en nombre de todos.

Atravesando un pinar oyeron una «voz lamentable que decía: “¡Ay de mí, la más desdichada mujer de cuantas hasta agora han nacido!”» (Av., XXII). Don Quijote les decía que eran lamentos de personas encantadas por el sabio Frestón, y que entre ellas distinguía a su amiga Urganda. Los acompañantes sostenían lo contrario: «mire vuesa merced, señor don Quijote, que por esta tierra no se usan encantamientos, ni este pinar está encantado, ni puede haber cosa de las que vuesa merced dice» (íd.). Este Quijote no se enfurece como el del primer libro. Es superior a ellos; contesta con una frase ya proverbial: «a pesar de cuantos lo contradicen —replicó don Quijote—, son las voces de la persona y por las causas que dicho tengo» (íd.). Teme llegar a la verdad de las cosas.

Bracamonte desató a Bárbara, la de la Cuchillada, de la calle de los Bodegones de Alcalá. Para don Quijote era «sin duda, la gran Cenobia, reina de las Amazonas» (íd.). Bárbara lo acompañará durante el tiempo que resta hasta que lo internen en el Nuncio de Toledo. Ella será su musa, cuya hermosura y real persona defenderá a despecho de todos.

Desde su superioridad como «flor y nata de la caballería», de la que tanto lo convencieron en Zaragoza, podrá afirmar «por una de tres cosas se alcanzan en el mundo las dos dichas: o por sangre, o por las armas, o por las letras [...]. Por la sangre el señor Bracamonte es famoso, [...]; por las armas, yo, pues por ellas he adquirido tanto valor en el mundo, que ya mi nombre es conocido en toda su redondez» (Av., XXIII).

De regreso a Madrid, encontró a dos estudiantes, que le amenizaron el camino hasta cerca de Alcalá. No discutió, ni se encolerizó con ellos, como haría su hermano de 1605. Les presentó a Bárbara la Mondonguera, a la que ya conocían. «Miraron en esto a Bárbara los estudiantes con no poca risa y corrimiento della, que conoció el humor de los moscateles en las lisonjas y aplauso con que de fisga se le ofrecieron ambos» (Av., XXV). Este caballero es cortés y educado como el de 1615.

Llegados a Alcalá, propone don Quijote rodear las murallas, hasta la Puerta de Madrid, sin pasar por el centro. Aconseja a Bárbara que se tape el rostro por las calles de esta ciudad y en el mesón de la Puerta de Madrid. Si le manda ocultar el rostro, se deduce que está convencido de que es la mondonguera de Alcalá y no la reina Cenobia. Llama mesón al verdadero mesón, y ve ahora a Bárbara tal como es. En estos episodios de Alcalá está

muy próximo al Quijote de 1615, que ve las ventas como ventas y no como castillos; que no confunde la realidad con sus ilusiones.

VENTAS, MESONES, CASAS Y PALACIOS

Primera y segunda salida

En los tres libros del Quijote, se relatan no sólo el caminar por los campos y caminos de España, sino también sus estancias en espacios urbanos y cerrados como pueden ser las ventas, los mesones, las casas particulares e incluso los palacios.

Aquel caballero peligro de caminantes y arrieros del primer libro se va corrigiendo y moderando a través de sus andanzas —narradas por Avellaneda—, para llegar, en esa línea de perfeccionamiento, al modelo de cortesía, aguante moral y sociabilidad del protagonista de la *Segunda Parte*.

En la **primera salida** llega a una venta, que para él es castillo, por lo que trata al ventero de castellano o señor del castillo, y a las mozas como doncellas. Éste, o el de princesas, será el tratamiento que les otorgará a lo largo del primer libro, transformado por la lectura de los libros de caballería. Ve y percibe la realidad como algo irreal. Confunde sus deseos y sueños con la realidad.

Por consejo del socarrón ventero, para ser armado caballero, vela las armas toda la noche junto al pozo, al que se acerca un arriero, y «soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza que le derribó en el suelo [...]. Soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero» (Q. I, III). Todos los arrieros lo atacaron a pedradas, pero él se defendía y gritaba «con tanto brío y denuedo, que infundía un terrible temor en los que le acometían» (íd.).

Pacificada la venta y temerosos todos, el ventero lo dejó salir, sin cobrarle nada. La noche de la venta manchega, siempre tranquila, se había convertido en noche de pesadilla y terror. Don Quijote tenía que hacer patente su valor ante todos, pero, sobre todo ante el ventero, que, para él, era el noble castellano, dueño del castillo.

En la **segunda salida**, vencidos y apaleados por los arrieros, mal llegan a una venta que, como ocurre siempre en este libro, para el ingenioso hidalgo era castillo. Su iluso honor caballeresco le impide hablar de derrota, y les cuenta que cayó de una gran peña. Curado el amo, atiende Maritornes las heridas del criado, que afirma haberlas recibido por ver caer a su amo. Les dan dos camastros en una habitación que comparten con un arriero de Arévalo. Dormía Sancho, pero no su amo, ni tampoco el de Arévalo, que esperaba a Maritornes. Al entrar ésta, la retuvo con fuerza don Quijote. El



Pozo del Ahorcado. Estado actual.

de Arévalo no aguantó la espera. La liberó, golpeando y pisoteando al caballero, hasta hundir la cama. Con el ruido, sube el ventero con un candil que se apaga. En la oscuridad se dan golpes unos a otros, pero el que más recibe es el hidalgo. Un cuadrillero, despertado por el tumulto, sube, y huyen todos. Sólo encuentra medio muerto a don Quijote. Vuelve con un candil y al ver que se movía y hablaba con Sancho, «díjole: Pues ¿cómo va, buen hombre?» (Q. I, XVII). El hidalgo, ofendido porque no le había dado el tratamiento que le correspondía como caballero andante, contestó: «¿úsase en esta tierra hablar desafortunado a los caballeros andantes, majadero?» (íd.). Ante esta respuesta, el cuadrillero «alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado» (íd.).

Después de elaborar y tomar el bálsamo de Fierabrás, sale y se despide del ventero. Cuando este le exige la paga de la estancia en la venta: «¿luego, venta es ésta?, replicó don Quijote [...], pensé que era castillo, y no malo» (íd.). El caballero que ve castillos en lugar de ventas, empieza a dudar. Pero no profundiza en la duda. La resuelve a su favor: tiene que ser castillo, porque los caballeros de sus libros siempre se alojaron en castillos. Si él pernocta en ventas, entonces, ¡no es caballero! De todas formas, sale de la venta sin pagar, y eso mismo hará Sancho, al que dejan salir, pero manteado y sin alforjas.

Esta venta de Fierabrás se convierte en el centro episódico de la segunda salida. Cerca de ella, el cura y el barbero encontraron a Sancho, que iba mensajero para Dulcinea. Por ella pasaron cuando volvían con don Quijote. En ella sostuvo el caballero una descomunal batalla con los cueros de vino, batalla que ganó, descabezando los cueros y derramando su «sangre» por el suelo. Sancho, testigo, bajó corriendo y gritando: «Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla [...]. Don Quijote decía a voces: ¡Tente, ladrón, malandrín, follón; que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra!» (Q. I, XXXV).

Al ver los cueros destrozados y el vino por el suelo, el furioso ventero descargó cantidad de golpes y patadas sobre el pobre caballero que seguía durmiendo. Dejó de golpear cuando el cura y los demás prometieron pagar todos los daños. Cuando el caballero despertó, orgulloso de su «fazaña», se postró ante el cura, a quien tomó por la princesa Micomicona, para darle cuentas de su victoria. Por la noche, mientras los demás dormían, don Quijote «decidió hacer la centinela del castillo»; pero Maritornes y la hija del ventero decidieron burlarse de él. Fingiendo estar enamoradas, pidieron les mostrase su invicta mano. La mostró complacido, pero ellas la ataron, dejando al valeroso caballero colgado de un cordel. Allí lo vieron todos, primero colgado de la mano; luego, caído en el suelo, al cortar ellas la cuerda. Esta humillación sufrida por la noche y luego por la mañana a vista de todos, hizo que montara en cólera: «sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzón [...]. Yo le desmiento, le rieto (*sic*) y desafío a singular batalla» (Q. I, XLIV).

Parecía haber cierta calma, cuando llegó a la venta el barbero dueño de la bacía, que para el caballero era el yelmo de Mambrino. Vio a Sancho aderezando la albarda, y gritó: «¡Ah don ladrón, que aquí os tengo! ¡venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes!» (íd.). Se enzarzaron a puñetazos. Los separó don Quijote que, lleno de razón, mostró a todos la bacía, diciéndoles que aquel hombre sostenía que era bacía y no yelmo. Todos le daban la razón al loco caballero; lo cual, exacerbando más al barbero, afianzaba más la locura del hidalgo caballero.

Por suerte para él, entraron varios cuadrilleros y uno de ellos al oír la discusión y ver la albarda y la bacía: «tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho o dijere debe de estar hecho uva. Mentís como bellaco villano —respondió don Quijote—. Y alzando el lanzón, [...] se le dejara allí tendido» (Q. I, XLV). Los cuadrilleros ayudaron a su compañero; los de la venta a Don Quijote y Sancho, «de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre» (íd.). En medio de este caos, gritó el caballero con voz atronadora: «ténganse todos; todos envainen; todos se sosieguen; óiganme todos, si todos quieren quedar con vida» (íd.).

Por un momento se calmó la pendencia. Pero pronto un cuadrillero, mostrando una orden de prisión, sujetó a don Quijote, «el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, [...] asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta» (íd.). Se esforzó el cura en convencer a los cuadrilleros de «cómo don Quijote era falta de juicio» y «tánton les supo el cura decir, y tántas locuras supo don Quijote hacer, [...] que tuvieron por bien de apaciguarse» (Q. I, XLVI).

A Sancho, receloso e insidioso contra la reina Micomicona, lo amenazó su amo, «con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, [...]. ¡Vete, no parezcas delante de mi, so pena de mi ira» (íd.).

Pasados dos días en la venta, se disfrazaron de encantadores, metieron a don Quijote atado en una jaula y lo subieron a un carro de bueyes. Mientras lo ataban y subían, el barbero, con voz potente y atronadora, se dirigía a amo y a criado como si fuera un malvado encantador. Esto alegró al hidalgo, que recordó el encantamiento de otros famosos caballeros.

A las mujeres de la venta, que salieron a despedirlo, les rogaba: «perdonadme, hermosas damas, si algún desaguisado, por descuido mío, os he fecho [...], rogad a Dios que me saque destas prisiones» (Q. I, XLVII).

Tercera salida cervantina

Al entrar en la casa del Caballero del Verde Gabán, D. Quijote contempla las tinajas toboseñas, recuerdo de sus amores dulcinescos. No monta en cólera cuando oye: «Lo que yo quiero decir —dijo don Lorenzo— es que dudo que haya habido, ni que los hay ahora, caballeros andantes y adornados de virtudes tantas» (Q. II, XVIII). Sólo trata de convencer al joven: «Muchas veces he dicho lo que vuelvo a decir ahora —respondió don Quijote—: que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes» (íd.). Transcurre la estancia plazeramente.

También es placentera su permanencia en casa de los recién casados Basilio y Quiteria. Aconseja, prudentemente, a Basilio sobre la importancia del trabajo y la confianza en la mujer. Estos consejos hacen gritar a Sancho: «¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! [...]. Mal haces Sancho —dijo don Quijote—, en decir mal de tu mujer, que, en efecto, es madre de tus hijos» (Q. II, XXII).

Siguiendo al arriero de las armas, llegan a la primera venta de esta tercera salida, «y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía» (Q. II, XXIV). En la venta escuchan el relato de la «batalla del rebuzno», sin interrumpir al narrador, cosa increíble en el primer Quijote.

Preguntan al ventero por Maese Pedro, y les responde: «este es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón ense-

ñando un retablo de Melisendra» (Q. II, XXV). Les informa también de que trae un mono el cual adivina las cosas pasadas o presentes; pero no las venideras. El mono cuenta a Sancho, que su «buena mujer Teresa está buena, y ésta es la hora en que ella [...], tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo» (íd.). Sancho en el *Avellaneda* afirma que Teresa bebe en «un jarro grande que tenemos, desbocado de puro boquearle ella con la boca» (Av., XII). ¿No resulta llamativa esta coincidencia? Téngase en cuenta que Cervantes aún está redactando el primer tercio de su *Segunda Parte*.

A don Quijote le dice el mono: «parte de las cosas que vuesa merced vio, o pasó, en la dicha cueva son falsas, y parte verisímiles» (Q. II, XXV). «Ahora digo —dijo a esta sazón don Quijote—, que el que lee mucho y anda mucho, vee mucho y sabe mucho» (íd.).

En esta venta reina gran paz, sosiego, y tranquilidad; cosa desconocida en las ventas visitadas por el Quijote de 1605. Maese Pedro había invitado a todos a la representación de la liberación de Melisendra. En plena función, cuando huyen los esposos, perseguidos de cerca por los sarracenos, don Quijote, «levantándose en pie, en voz alta dijo: “No consentiré yo que en mis días y en mi presencia [...]”. Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada [...] derribando a unos, descabezando a otros [...]. Temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo» (Q. II, XXVI). ¿Recordaba la actuación del caballero de 1605?

Maese Pedro, conecedor de la locura del caballero, por haber formado parte de los galeotes liberados, trata de calmarlo y obtener alguna indemnización de lo mucho perdido. Y, la obtiene: «Ahora acabo de creer —dijo a este punto don Quijote—, [...] que estos encantadores [...] no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren» (íd.). El provocador y pendenciero de 1605, ahora en 1615, vencido, viejo y atemperado, condesciende. Aquel indómito Quijote de las primeras salidas, que no paga en las ventas, porque decía: «Yo valgo por ciento» (Q. I, XV); que arremetía con los cuadrilleros, diez años antes, ahora calla y paga.

En las ventas de 1605 y en las de Avellaneda se fue preparando don Quijote para soportar las burlas de Barcelona y, sobre todo, las del palacio ducal de Zaragoza. Su prolongada estancia en este palacio ocupa casi la tercera parte del libro. Los Duques llenan su ociosidad y vacío interior con una serie de actividades y pasatiempos, no sólo estériles sino perjudiciales. No merecen ninguna sonrisa por parte del autor, porque no encuentra ninguna disculpa.

Don Quijote ya está preparado para aguantar con dignidad las fechorías de los Duques, conforme exigía el elevado estamento social que indignamente representaban. Esta estancia supone una serie de derrotas para el caballero: en el primer encuentro, Sancho «fue tan desgraciado, que al

apearse del rucio se le asió un pie en una soga de la albarda [...]. Quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo»; y don Quijote «llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debió de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya» (Q. II, XXX). Estas caídas, primera derrota del caballero, son presagio de lo que sufrirá en este palacio, sede de ociosidad.

El hidalgo de 1615 es engañado o encantado por los que andan a su alrededor. El Duque dio orden de tratarlo de la misma forma que se trataba a los caballeros andantes en los libros de caballería. Tan perfectamente lo hicieron los criados que «aquél fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos» (Q. II, XXXI). También Sancho se vio y creyó escudero andante, cuando ordenó a la dueña que cuidara de su rucio.

A las reprensiones del eclesiástico, el caballero «con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo» (íd.): «Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos» (Q. II, XXXII). El hidalgo de 1605 no hubiera respondido con palabras sino con la lanza y la espada. Este capellán, impaciente y sin convencer al caballero, «se levantó de la mesa, mohíno además, diciendo: “Por el hábito que tengo [...] es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores”» (íd.). Disfrutaron los Duques con las sandeces de los dos, pero más las doncellas con el lavatorio del hidalgo, y, sobre todo, los criados que corrían tras Sancho «tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina» (íd.). No pudo aguantar don Quijote esta burla, y pese a las risas de los Duques «dijo a la canalla: ¡Hola, señores caballeros! vuestras mercedes dejen al mancebo, [...] porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas» (íd.).

Don Quijote aguanta impertérrito las distintas bromas de los tenebrosos carros de disciplinantes y encantadores. Allí escucha del sabio Merlín que el remedio para desencantar a Dulcinea está en que Sancho «se dé tres mil azotes y treientos / en ambas sus valientes posaderas» (Q. II, XXXV). Como Sancho se niega a disciplinarse, «tomaros he yo —dijo don Quijote—, don villano, harto de ajos, y amarraros he a un árbol [...]; seis mil y seiscientos azotes os daré» (íd.). Pero Merlín que lo oyó, «dijo: “No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza”» (íd.). El hidalgo, que creyó esta burla y desoyó a Merlín, sufrirá una de las derrotas más penosas, por ser a manos de su fiel escudero.

Aún no se habían secado las hilarantes lágrimas de la Duquesa, cuando «a deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor» (Q. II, XXXVI). Era la nueva chanza de la condesa Trifaldi, o condesa Dolorida, y el caballo Clavileño. De esta aventura salió airoso

Sancho, que quiso engañar a todos, relatándoles una ficción. En la narración del trote del caballo Clavileño, se utiliza una expresión semejante a otra de Avellaneda «que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota» (Q. II, XL). En el Avellaneda, habla Sancho de su rucio: «el cual, como ya sabe, anda llano, de tal manera, que el que va encima puede llevar una taza de vino en la mano, vacía, sin que se le derrame gota» (Av., IX).

Duda Sancho sobre si el rostro de su mayordomo y el de la condesa Dolorida son el mismo. Le contesta su amo que no, porque «a serlo, implicaría contradicción muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones» (Q. II, XLIV). Pero el hidalgo sigue en la duda, por eso le dice: «Créeme, amigo, que es menester rogar a Nuestro Señor muy de veras que nos libre a los dos de malos hechiceros y de malos encantadores» (íd.).

Partió Sancho para su gobierno y quedó solo el caballero. Le prepararon otra burla, el canto de la malferida Altisidora que finge estar enamorada de él. La cree don Quijote y le pide un laúd para consolarla. Cuando, a las once de la noche, entra para acostarse, ve la vihuela en la habitación. Cogió el instrumento, abrió la reja que daba al jardín y le cantó un romance. No había terminado el canto, cuando comenzaban dos burlas más: sobre la reja «descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego, tras ellos, derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados a las colas» (Q. II, XLVI). El hidalgo no las tuvo todas consigo. Dos o tres gatos entraron y lo arañaron en el rostro. Él gritaba «a grandes voces: “¡Afuera, malignos encantadores!, ¡afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha!”» (íd.). Esta broma pesada le obligó a guardar seis días de cama.

Una de esas noches de enfermedad, pasada la medianoche, entró en su habitación la dueña doña Rodríguez, la única persona del castillo que comprendió la misión humanitaria del loco caballero. Venía a pedirle ayuda para su hija huérfana, burlada por el hijo de un rico labrador, protegido y amigo del Duque. Entrando otros en la habitación, se burlaron de ellos y los pellizcaron. La petición de la dueña convence al hidalgo de su alta vocación, por lo que escribe al gobernador Sancho: «Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia destos señores [...]. Tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto» (Q. II, LI). Llevando sus obligaciones caballerescas hasta las últimas consecuencias, reta al ofensor. En el castillo nunca había podido demostrar su valor, por eso está contento de defender el honor de la huérfana y el cumplimiento de la palabra dada. Espera ansioso la pelea por tan noble causa.

Transige igualmente el caballero en que se lea en público, entre grandes risotadas, la carta de Teresa a Sancho así como la que Sancho le escribió a él. Este Quijote está preparado para aguantarlo todo, el de 1605 no hubiera claudicado ni ante el Rey.

El momento más importante de su estancia en el castillo es la batalla con el labrador retado. Éste se rinde sin luchar. La victoria no es normal, por lo que se queja del rencor de sus enemigos que, además, han cambiado al labrador por el lacayo Tosilos. El Duque lo había engañado culpando del cambio a los encantadores. Pero, al final, conseguirá una gran victoria sobre el noble. Cuando salen del castillo se queja la doncella Altisidora de que le llevan tres tocadores y unas ligas. El Duque, buscando otra broma, le gritó: «¡Volvedle las ligas; si no, yo os desafío a mortal batalla!» Ante tal reto, «¡no quiera Dios —respondió don Quijote—, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido!» (Q. II, LVII).

Aún ofrecerá el Duque otra prueba de su estulticia. Cuando los protagonistas vuelven derrotados a su aldea, un grupo de sus esbirros los asalta en la oscuridad y los lleva atados al castillo. Allí, con la humillación y sufrimientos de Sancho, convencen al hidalgo de la virtud curativa del mortificado cuerpo de su escudero. Le faltaba al Duque la hombría del barcelonés don Antonio, huésped del hidalgo en Barcelona, que sostenía que «no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero» (Q. II, LXII). Cervantes simpatizaba con este «caballero rico y discreto, y amigo de holgarse a lo honesto y afable» (íd.).

Camino de Barcelona, en una venta: «Digo que era venta porque don Quijote la llamó así» (Q. II, LIX), se enteran de la existencia de «una segunda parte de Don Quijote de la Mancha» (íd.), y «quedaron admirados de sus disparates» (íd.). Las palabras del ventero «están diciendo: ¡Cómeme! ¡Cómeme!» (íd.) recuerdan las del Sancho de Avellaneda, en la Venta del Ahorcado, «está diciendo: ¡Cómeme! ¡Cómeme!» (Av., IV). Ambas expresiones reproducen la de Honzigeria en el Paso Quinto de *El Deleitoso*, de Lope de Rueda: «están diciendo: ¡Cómeme! ¡Cómeme!». Cervantes admiraba a este autor, como pone de manifiesto en el prólogo de sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados*. ¿Es que también lo admiraba Avellaneda? ¿Cabe pensar que Cervantes copiara en su *Segunda Parte* a Avellaneda, cuando rechaza airado la obra apócrifa?

La primera burla de su estancia en Barcelona es la de la Cabeza encantada, una casi repetición del mono adivino; pero con una diferencia: Maese Pedro no quería mofarse, sino obtener dinero, mientras que don Antonio lo hacía por chanza. Don Quijote cree en los vaticinios de la cabeza encantada, porque cree en encantadores.

En uno de sus paseos por Barcelona, dice a un impresor: «Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos a otros» (Q. II, LXII). ¿Se refería Cervantes aquí a las relaciones entre los impresores barceloneses, tarraconenses y valencianos? ¿Aludía al editor del *Avellaneda*? Relata en el mismo capítulo que: «Pasó adelante y vio que asimismo estaban corrigiendo otro libro [...], la *Segun-*

da parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal vecino de Tordesillas».

En la visita a la galera, al ver que la chusma juega con Sancho por los aires, como en el manteamiento de 1605, don Quijote «se levantó en pie y empuñó la espada» (Q. II, LXIII), no para defender a Sancho, sino para evitar que lo hicieran con él. Sin embargo, el de Avellaneda sí defendió a Sancho ante el soldado Bracamonte (Av., XIV).

Al despedirse, le dijo don Antonio al bachiller Carrasco: «Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él [...], porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero» (Q. II, LXV).

Marchan vencidos y a la invitación de los labradores de un mesón «respondió don Quijote: “Os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar más que de paso”» (Q. II, LXVI).

Tercera salida de Avellaneda

El mismo día de la salida, llegan a la Venta del Ahorcado, a ocho kilómetros de Brazatortas. Don Quijote ve un castillo en donde para Sancho hay una venta. Unos pasajeros confirman que es venta, pero el hidalgo, aunque sin hacer caso, no monta en cólera y responde: «Ello será lo que yo digo, a pesar de todo el mundo» (Av., IV). Imagina castillos, las que son ventas, como el primer Quijote cervantino. Siendo castillo, él es caballero, puesto que los caballeros de sus libros pernoctaban en castillos. Y para demostrarse a sí mismo que es caballero, desafía a todos: «Castellano desta fortaleza, y vosotros, caballeros, [...] salid todos juntos [...]; que a todos os espero aquí» (íd.). No le hacen caso y sigue insultándolos y exigiéndoles que le entreguen no sólo a Sancho, sino a todas las princesas y prisioneros que tengan. Aquí su actuación es temeraria, provocadora, pendenciera y fanfarrona. Imita al Quijote de 1605.

Más adelante, considera princesa a una moza gallega sacada del barrio de la Putería de Alcalá. El ventero, creyéndola culpable del comportamiento del caballero, le da una bofetada. Se enfureció nuestro héroe, que «arrojó en esto una terrible cuchillada al ventero, y dióle con toda su fuerza sobre la cabeza [...]. Alborotáronse todos los de la venta, y cada uno tomó las armas» (Av., V). Don Quijote no huye. Con «la espada desnuda en la mano» (íd.), espera a los enemigos. Vuelve a ser agresivo y temerario, pero, sobre todo, valiente. Ve castillos donde hay ventas; pero parece dudar, cuando dice a la gallega: «tan mal vestida como estáis, y barriendo las ventas» (íd.). Actúa en todo como el protagonista del primer libro cervantino.

Con esta duda entra en casa del sacerdote de Ateca; la llama unas veces castillo o fortaleza, y, cuando está encolerizado, casa: «Si yo supiera la

cobardía y pusilanimidad que había en esta casa [...]. Yo estoy muy agradecido de la merced que en este vuestro imperial alcázar se me ha hecho» (Av., VII). Cuando regrese hacia la Corte pasará de nuevo por Ateca y pernoctará en la misma casa, reconociéndola como tal. En esta visita, será social y cortés, comportándose como el protagonista del segundo libro cervantino. Curiosamente, en la sobremesa de esa noche le piden información al soldado Bracamonte sobre el sitio de Ostende: «Díjoles tras esto de memoria los nombres de los generales, [...] el número y calidad de las personas que, [...] allí murieron» (Av., XIV). ¿Por qué? Conviene recordar que Rodrigo de Cervantes murió el 2 de julio de 1600, en la batalla de las Dunas, preparatoria del cerco de Ostende.

Al entrar en Zaragoza, desafía y reta «por cobardes y fementidos» (Av., VIII) a los zaragozanos y los amenaza: «Salid, salid, malandrines zaragozanos; que yo vos faré confesar vuestra sandez y descortesía» (íd.). Ve en una calle que azotan y llevan a un hombre sobre un burro, y comienza a gritar: «Soltadle, soltadle presto, bellacos [...], que todos sois infames y vil canalla» (íd.). Como no le hicieron caso, atacó al escribano y a los alguaciles «con tanta braveza y cólera» (íd.), que sólo porque «la gente era mucha» (íd.), pudieron desarmarlo y llevarlo a la cárcel. En Zaragoza, no lo conocen. Necesita llamar la atención, que se fijen en él; en cómo va vestido; que lean la empresa de su adarga. Para hacer patente su valor, los insulta y lucha contra todos temerariamente. Así, en la cárcel, golpea al hijo del carcelero, por lo que «el padre del mozo, [...] le diera media docena de mojicones [...], dejando con esto al pobre caballero, que aún no se podía limpiar, hecho un retablo de duelos» (íd.).

Don Álvaro lo saca de la cárcel y lo lleva a su pensión. Es a partir de este momento cuando se va produciendo un lento cambio en don Quijote. Aquel caballero pendenciero y agresivo de los primeros capítulos del Avellaneda se va transformando en un hombre prudente, sociable y cortés. En adelante, serán sus acompañantes los que lo inciten a la locura, los que le transformen la realidad en fantasía, como ocurre con el protagonista de la *Segunda Parte* cervantina.

Programan «una famosa sortija entre los caballeros» (Av., X), en la Calle del Coso, y lo invitan: «Quedó el buen hidalgo con la fantasía llena de quimeras» (íd.). Sueña despierto y, en su delirio, discute con los jueces, medio dormido, las bragas caídas y la camisa hasta la cintura, dejando «descubrir alguna fealdad» (íd.). Al verlo así, le dice el escudero: «¿Qué hace? Que peor está que estaba: eso es querer saludarnos con todas las inmundicias que Dios le ha dado» (íd.). Diríase que volvemos a la Peña Pobre de la Primera parte. En la citada sortija hacen que se crea vencedor y acreedor al mejor premio. El juez que le otorga el premio dice con voz alta y socarrona: «Yo, segundo rey Fernando, os doy con mi propia mano, a vos el invicto caballero andante, flor de la andantesca caballería» (Av., XI). Se burlan

de él, ensalzando su valentía, con el propósito de ponerlo en la necesidad de hacer más locuras ante todos, para prestigiarse: «iba el buen hidalgo tan ancho y vanaglorioso, que no cabía en toda la calle» (íd.).

Se reúnen en casa de don Álvaro sus amigos, «llamándole siempre todos ellos soberano príncipe» (íd.). Alentado, fanfarronea contándoles increíbles y fantásticas historias, que les hacen reír. Con gran enojo «les decía que no era de valientes caballeros reírse [...] de las cosas que cada día suceden a los caballeros andantes, cual él era» (íd.). El mismo don Álvaro le regaló las armas que ya, sin su permiso, usaba. Para agradecerse y demostrarle su pericia y valor, empezó a espadaos destrozando todo lo que había en la habitación. Esto mismo había hecho ante Sancho cuando concertaron la salida, y lo hará ante el Archipámpano en Madrid. Quiere exhibir el valor portentoso de su brazo.

Siguen alentando su locura. De ahí, que acepte el reto de Bramidán, rey de Chipre, pues su confianza en sí mismo era total, al ver cómo lo trataban los principales caballeros de la ciudad. El mismo gigante le dice delante de todos: «Yo, pues, como digo, estimulado de la envidia de tantas fazañas tuyas, ¡oh gran don Quijote!, he venido a buscarte [...], haciéndome con esto señor de todas las victorias que has habido con tantos gigantes y jayanes» (Av., XII).

Cuando llegan a la venta cercana a Alcalá, es Sancho, por temor al manteamiento, quien incita su locura: «Las que estos señores llaman ventas son los castillos encantados que vuesa merced dice» (Av., XXVI). En adelante, será castillo para el hidalgo. Quiere mostrar su valor a los que lo acompañan, por eso grita: «¡Oh sangriento, fiero e indómito gigante!, sácame luego aquí [...] toda la gente» (íd.). Ataca, temerariamente a todos, y es vencido y atado. Pero aún así, contesta al vencedor: «No pienses, ¡oh sabio contrario mío!, [...] amedrentarme en el debido sufrimiento» (íd.).

Asistiendo a la representación de *El testimonio vengado* de Lope de Vega, se levanta, diciendo: «Esto es una grandísima maldad, traición y alevosía, que contra Dios y toda ley se hace» (Av., XXVII). Recordemos el comportamiento del Quijote de 1615 ante el retablo de Maese Pedro (Q. II, XXVI). En esta representación de Lope de Vega, reta al actor y se desafían para mantener el duelo en la Corte. El actor le lanzó un ataharre, diciéndole que era «una rica y preciada liga» (Av., XXVII). Discuten Sancho y su amo sobre si es o no, liga. Todos los presentes dan la razón al caballero, lo que exaspera a Sancho. Recuérdese la discusión sobre la albarda y la bacía (Q. I, XLV).

En este viaje hacia la Corte, al pasar por Alcalá, don Quijote propone a Bárbara y Sancho pernoctar allí: «Nos podremos quedar, si nos pareciere, en algún mesón secretamente esta noche» (Av., XXVIII). Don Quijote ve un mesón y no un castillo.

Ya en Madrid, al llegar al Paseo del Prado, «íbase parando adrede para que pudiesen leer los motes que traía en la empresa» (Av., XXIX). En Zara-

goza y en Madrid, nadie lo conoce. Él quiere que lo traten como a caballero andante. Por ello, se ve obligado a luchar contra todos, que es el mejor modo de llamar la atención. Una vez conocido y tratado como tal, será cortés, afable y pacífico. Así se comportó en la tercera salida cervantina, ya que corría, de mano en mano, un libro que ensalzaba sus «fazañas». Sin embargo, en casa de Periano, en Madrid, cuando le dijeron que éste era noble y no pagano, se encolerizó y dijo: «Él es, sin falta ninguna, el que ya tengo dicho» (Av., XXX). Cuando el paje le responde: «ni mi señor es príncipe de Persia ni turco, ni en su vida estuvo allá [...], metió mano a su espada y se fue, hecho un rayo, para el paje» (íd.), que huyó a la calle, seguido de su perseguidor, «con la espada en la mano y cubierto con su adarga» (íd.). Al ruido de la reyerta, llegaron los alguaciles, a uno de los cuales, don Quijote, «levantando la espada, dio [...] una gentil cuchillada en la cabeza [...]. Y con esto arrojaba a dos manos cuchilladas a todas partes» (íd.). Reducido, lo llevaban a la cárcel, cuando Periano llegó con otros nobles. Lo liberó y hospedó en su casa. Éstos, mofándose, lo saludaban: «Bien sea venido el nunca vencido Caballero Desamorado, defensor de gente menesterosa, desfacedor de tuertos, y endilgador de justicias» (Av., XXXI). Así, estaba pacífico y los divertía; aunque «jamás los dejaron salir de casa, conociéndoles el humor y cuán ocasionados eran para alborotar la corte» (íd.). Con sus adulaciones, tenían completamente loco al loco de don Quijote.

Don Carlos lo saluda con estas palabras: «No llegara a esta Corte, señor don Quijote, si no fuera por apadrinarle en la batalla que ha de hacer con el rey de Chipre» (íd.). Orgulloso, responde el caballero: «Aquí tengo, príncipe Periano, la flor de mis amigos, y quien dará noticia bastante de mi valor y hazañas [...], cuán temerario es en no rendírseme» (íd.). Don Álvaro se sorprende al oír en labios del arrogante caballero: «es tan grande su atrevimiento —replicó él—, que se quiere poner en quintas conmigo [...]. No querría verme obligado a ser verdugo de quien tan honrada y cumplidamente me ha hospedado» (íd.). El Quijote de 1615, no querrá luchar contra quien lo hospeda (Q. II, LVII); éste, sí.

En Madrid, y antes en Zaragoza, este caballero de 1614 parece como si se estuviera formando para protagonista de la *Segunda Parte* cervantina. Sus burladores quieren hacer partícipes de su pasatiempo a sus amigos. Uno de ellos se hará pasar por el gran Archipámpano de Sevilla, porque «don Quijote era hombre que sólo se pagaba de príncipes de nombres campanudos» (Av., XXXII). Así se presenta el engréido hidalgo: «Magnánimo, poderoso y siempre augusto Archipámpano de las Indias [...], yo he venido, magnánimo monarca, no a honrarme con vos, que asaz tengo de honra adquirida» (íd.). Es un caballero engréido y fanfarrón, creado por sus aduladores. Lo que debió de escocer a todos fue su ingratitud para quien lo alojaba en su casa: «Quiero [...] hacer desistir de la vida o de su pretensión al Príncipe Periano de Persia» (íd.). Su vanidad se siente herida ante las

risas cortesananas, y responde iracundo: «Por cierto, señores, que me maravillo mucho de que gente tan grave se ría tan ligeramente de las cosas que cada día acontecen [...] a caballeros andantes» (Av., XXXII). Incluso, el Archipámpano se levantó «de su asiento, temeroso de [...] algún diluvio de cuchilladas sobre todos» (íd.). Se despidieron y volvieron a casa de don Álvaro «con no poco consuelo de don Quijote, por ver empezaban ya a conocerle y temerle los de la corte» (íd.).

Al día siguiente, presenta orgulloso a Bárbara ante el Archipámpano: «Poderoso señor y temido monarca; aquí en vuestra presencia [...] con la excelentísima reina Cenobia, cuyas virtudes, gracia y hermosura [...] tengo de defender desde mañana a la tarde en pública plaza» (Av., XXXIII). Como el Duque zaragozano, el noble madrileño tampoco estuvo a la altura de su condición social. Se burló de la fealdad y defectos físicos de Bárbara en presencia de ella. Parece que, como Cervantes, el autor quiere censurar la incalificable actuación de estos nobles.

Todos son conscientes de que la locura del hidalgo se agrava al oír hablar de la caballería, del valor o de su amada Bárbara. Había que buscar remedio urgente. El secretario del gigante Bramidán, disfrazado, lo reta para el domingo próximo, en la Casa de Campo. Aquí, el hidalgo vence sin luchar y, en su presencia, el gigante se transforma en la hermosa princesa Burlequina, hija del rey de Toledo. Viene a pedirle ayuda urgente para liberar la ciudad Imperial, asediada por el hijo del rey de Córdoba. De esta forma pueden llevarlo e internarlo en el hospital del Nuncio de Toledo, calmando sus remordimientos.

Al primer Quijote lo llevan engañado, encantado y enjaulado, pero contento, hacia su curación en la aldea. También llevan a éste engañado, encantado (no enjaulado) y contento, hacia su curación en el hospital del Nuncio de Toledo.

CONCLUSIÓN

A través de los textos ejemplificadores presentados en este estudio comparativo, se pretende demostrar que el Quijote de Avellaneda actúa a modo de nexo o eslabón entre los dos quijotes cervantinos, con respecto a la evolución psicológica de su protagonista, el hidalgo caballero. De hecho, **el QUIJOTE de 1605**, en su deseo de ser reconocido como caballero andante, actúa más bien como un «salteador» de caminos, cuyo encuentro todos evitaríamos. Es temerario, provocador y pendenciero. Al llegar a las ventas, entran con él la discordia, la guerra y toda clase de penalidades. Ve la realidad a través de su locura: las ventas son para él castillos y los molinos de viento, gigantes. Hace dos salidas de su aldea: una a las cinco y otra a las veintitrés, hora solar, de un mes de julio.

EI QUIJOTE APÓCRIFO, hasta su excarcelación en Zaragoza actúa de manera muy semejante al que acabamos de comentar: es temerario, pendenciero y provocador. Ve la realidad trastocada. Tras su excarcelación, sigue siendo valiente; pero, con recaídas esporádicas, se hace prudente y sociable. Ve la realidad tal cual es; son sus acompañantes quienes quieren cambiársela, engañándolo. Sale de su aldea a las dos, hora solar, de una madrugada de agosto; horario equidistante de las salidas cervantinas.

EI QUIJOTE de 1615 es asimismo valiente, prudente y sociable. Compañero ideal para un viaje de varias noches en ventas o mesones. Ve la realidad tal cual es, pero sus acompañantes también lo engañan y él condesciende, dejándose engañar. Abandona su aldea a las veintitrés horas solares de un mes de julio.

RESUMEN: Se describe la evolución del personaje de don Quijote en la primera y segunda parte de la obra, que concluye con Alonso Quijano vuelto a la cordura. En esta evolución participa también la obra de Avellaneda.

ABSTRACT: Evolution of Don Quijote in the first and the second parts of the book of Cervantes is described. In this evolution participate the apocryphal book of Avellaneda.

PALABRAS CLAVE: Cervantes. Avellaneda. *Don Quijote*: primera y segunda partes. *Don Quijote apócrifo*.

KEY WORDS: Cervantes. Avellaneda. *Don Quijote* first and second parts. Apocryphal *Don Quijote*.